

L I T E R A T U R A



a Torre

La Promesa

ALFREDO acompañó silencioso al médico, á través de las galerías, hasta la puerta de la escalera.

Allí le preguntó:

—¿No hay ninguna esperanza, D. Ramón? ¿Ni una sola probabilidad de salvarla?

El doctor mantúvose callado unos segundos. Y tomándole una mano entre las suyas, convulsiva y violentamente, le miró Alfredo, inquisitivo, á los ojos, buscando respuesta.

En su rostro había un gesto de dolor inmenso, y una extraña y alarmante lividez.

Insistió aún.

—¿Ni una esperanza? ¿Ni una probabilidad siquiera de salvarla?

El doctor, vacilando entre mentir piadoso ó decir las cosas en su terrible y desnuda realidad, se decidió al fin:

—Es un caso perdido, imposible. Unas horas más y habrá terminado de sufrir. ¿Por qué engañarle? Ni una esperanza, ni una probabilidad, siquiera, de salvarla. Un milagro; sólo un milagro...

Y libre su mano de la presión de las del amigo, bajó los escalones deprisa y, un poco emocionado, salió á la calle.

Alfredo, anonadado, inconsciente, anduvo vacilando y llegó al gabinete donde amigos y parientes hablaban y se comentaban las palabras. Ardían los cigarrillos entre los dedos y se comentaban cosas superficiales y estúpidas. Cuando apercibieron su presencia, algunos le interrogaron poniendo en sus rostros la mueca, ridícula, de un dolor fingido:

